

James Fernández Cardozo
Cuando el imperio pierde el relato

Nueva Tribuna, 25 de enero de 2026.

En la historia, las batallas decisivas no siempre se libran en los mercados o en los campos de guerra, sino en el campo del sentido. Y es allí, precisamente, donde el poder norteamericano comienza a mostrar sus grietas.

A lo largo de la historia, ningún imperio -entendido cómo un núcleo dominante de poder que se expande territorialmente-, se ha sostenido sólo por la fuerza. Requiere el poder del relato, aquella construcción discursiva capaz de dotar de sentido, normalidad y justificación al ejercicio del poder.

1. **Cuando el relato entra en crisis, el imperio se debilita**
2. **La crisis actual del relato norteamericano**
3. **La fractura del relato hacia adentro**

Es el relato el que sostiene la aceptación colectiva de **la dominación imperial**, pero también es **el relato el que destruye esta aceptación conduciendo a la caída de los imperios**.

En la actualidad, al relato lo denominamos narrativa o argumentación, atribuyéndole siempre un poder de influencia y organización a través de la palabra. Se define como una estructura discursiva que organiza la realidad en una secuencia inteligible, otorgándole sentido y una orientación práctica. El relato es el encargado de responder a las preguntas esenciales de la existencia colectiva: ¿quiénes somos?, ¿qué hacemos? y ¿por qué es legítimo hacerlo?

Esta construcción posee la facultad de transformar la dominación en misión, transmutando el interés y la fuerza en una necesidad histórica aceptable. Históricamente, requiere del poder de una narrativa legitimadora capaz de dotar de normalidad y justificación al ejercicio del poder. Mediante un relato convincente, un imperio puede disimular su hegemonía bajo el ropaje de la responsabilidad o la protección, logrando así que amplios sectores del mundo consientan y toleren un liderazgo dominador a lo largo del tiempo.

La historia de los imperios está también acompañada de relatos de expansión exitosos. El Imperio romano no se presentaba como un aparato de conquista, sino como portador del orden, el derecho y la civilización. La *pax romana* fue un relato tan poderoso como las legiones, por su capacidad de justificar la expansión y facilitar la integración de pueblos diversos.

El Imperio Británico construyó su legitimidad sobre la “misión civilizadora” y el libre comercio. Dominar no era explotar, sino modernizar; no era someter, sino integrar al progreso. Ese relato permitió gobernar vastos territorios con una presencia militar relativamente limitada.

Incluso la Unión Soviética se sostuvo durante décadas gracias a un relato emancipador, el de la liberación del proletariado y la promesa de una sociedad sin explotación. Mientras ese relato fue creíble, el poder soviético mantuvo cohesión interna y proyección externa.

Cuando el relato entra en crisis, el imperio se debilita

Los imperios no caen el día en que pierden poder material, sino cuando su relato deja de explicar convincentemente ese poder. Roma comenzó a resquebrajarse cuando el ideal de ciudadanía se vació y la dominación se volvió mera coerción. El Imperio Británico empezó a desmoronarse cuando la “misión civilizadora” ya no podía ocultar la explotación colonial. La Unión Soviética colapsó cuando el discurso de emancipación convivía con escasez, autoritarismo y desigualdad evidente.

En todos los casos, la crisis del relato precedió o acompañó el declive material. Cuando la narrativa deja de producir adhesión, el imperio debe recurrir cada vez más a la fuerza, acelerando su desgaste. Es la palabra la que sostiene a los imperios

La crisis actual del relato norteamericano

Después de 1945, Estados Unidos construyó uno de los relatos imperiales más eficaces de la historia contemporánea, con un núcleo articulado en los ejes de democracia liberal, derechos humanos, orden internacional basado en reglas y prosperidad compartida.

Este relato tenía la particularidad que no se presentaba como imperial. Estados Unidos aparecía como líder reacio, como garante

del orden, no como dominador, y la hegemonía se disimulaba como responsabilidad, lo que permitió que amplios sectores del mundo aceptaran su liderazgo incluso cuando existían claras asimetrías de poder.

Hoy ese relato muestra señales de contradicción e instrumentalización, puesto que los valores que antes se presentaban como universales ahora se invocan frente a adversarios y se relativizan frente a aliados, bajo el ropaje de un *imperialismo neocolonial*, entendido no como colonización directa, sino como coerción económica, financiera y política sobre soberanías ajenas.

La brecha entre lo que se dice y lo que se hace se ha vuelto demasiado visible. El “orden basado en reglas” aparece cada vez más como un orden basado en excepciones. El discurso de soberanía convive con sanciones extraterritoriales. La defensa del libre comercio coexiste con guerras arancelarias. El relato norteamericano comienza a percibirse cada vez más como conveniencia antes que principio.

La fractura del relato hacia adentro

El elemento más crítico de esta crisis es interno. Estados Unidos ya no comparte un relato nacional unificado capaz de articular identidad, democracia, rol internacional y sentido del poder. En su lugar, coexisten narrativas incompatibles que se disputan no solo el gobierno, sino la definición misma de legitimidad.

Esta fractura se manifiesta en múltiples planos. Por un lado, se intensifican los conflictos entre el poder político y el sistema universitario, tradicionalmente uno de los pilares simbólicos de la democracia liberal estadounidense. Por otro, emergen liderazgos locales —como ahora en Nueva York— que encarnan visiones radicalmente distintas del orden, la justicia social y la relación con el Estado federal.

A ello se suman prácticas coercitivas en materia migratoria, ejecutadas por agencias federales, que conviven con decisiones judiciales que intentan reafirmar valores constitucionales frente a excesos del poder ejecutivo.

En el plano simbólico, los intentos por apaciguar o silenciar escándalos de alto impacto vinculados a élites políticas y económicas

refuerzan la percepción de una justicia selectiva, mientras que, dentro del propio campo nacional-populista, se evidencian fracturas internas profundas, luchas por liderazgo y disputas sobre el verdadero sentido del proyecto político que dicen encarnar.

Esta fragmentación interna hace que el mensaje hacia el mundo se vuelva contradictorio y dependiente de ciclos políticos internos. Y la historia muestra que ningún imperio logra sostener un relato externo cuando no logra sostenerlo internamente. El relato legitimador necesita coherencia hacia adentro para ser creíble hacia afuera.

Hoy el liderazgo norteamericano se sostiene cada vez más en la coerción financiera, tecnológica y militar, y cada vez menos en la persuasión simbólica, lo que lo hace más costoso, más resistido y menos duradero. Es ahora un relato vulnerable.

La historia enseña que los imperios no caen cuando pierden fuerza, sino cuando pierden el relato que hacía aceptable esa fuerza.

Hoy, el poder militar, tecnológico y económico de Estados Unidos sigue siendo formidable. Lo que se erosiona es la explicación de por qué lo ejerce. Y cuando el relato deja de convencer, el dominio deja de ser liderazgo para convertirse en imposición.

En la historia, las batallas decisivas no siempre se libran en los mercados o en los campos de guerra, sino en el campo del sentido. Y es allí, precisamente, donde el poder norteamericano comienza a mostrar sus grietas.